

LA CARTA

Cuando el cartero entró en la panadería de Simón y Anaïs Leroy aquella calurosa mañana de julio en la aldea del sur de Francia, un escalofrío sacudió el sudoroso cuerpo de Simón, que andaba como cada mañana, limpiando el centenario horno que sus antepasados habían mantenido hasta el día hoy.

Anaïs, mucho más decidida y risueña, saludó al repartidor, sabiendo que aquella carta que se disponía a entregar, iba a ser otro despertar de los miedos que cada uno tenía en su interior y que les mantenían tan distantes.

No le hizo falta mirar el dorso del sobre. Lo dejó en el cajón, junto a los trapos limpios. Entonces siguió a lo suyo mientras Simón, que no disimulaba su inquietud, miraba el cajón para evitar encontrarse con los ojos de su esposa.

Después de bajar la persiana y apagar las luces de la panadería, entraron en la trastienda, donde se ubicaba su casa. Simón le dijo a su esposa que iba repasar el aparador para no tener que hacerlo al día siguiente. Ella asintió en silencio y entró a la cocina para calentar el caldo que había sobrado del día anterior.

Ya en el dormitorio, antes de apagar el candil de la mesita de noche, Anaïs se sacó el anillo que tanto le molestaba por la dichosa inflamación producto del trabajo de tantos años. Cuando lo metió en el cajón de la mesita, se pudo ver una pila de cartas viejas y sucias, bien atadas en la misma cuerda que utilizaban para envolver los pasteles. Aquellas cartas, junto al anillo y a una vieja foto de su hijo Jean Paul, eran sus más preciados tesoros. Sobre todo aquellas palabras escritas por su hijo, porque, aunque Anaïs no sabía leer, sabía que dentro de ellas había vida y esperanza, y quería creer que había un futuro.

Cuando Simón entró en la habitación con la carta en la mano, miró a su esposa y ella con una leve sonrisa le acercó las gafas:

5 de Abril de 1916 (frente de Verdún)

Apreciados padres, no sé cuando os va a llegar estas nuevas. Pero no importa, siempre que os lleguen. Aquí como ya sabéis es muy difícil escribir, y más aún encontrar cómo y donde.

Padre, acuérdesese de omitir a madre, los acontecimientos que una madre no debería saber. Dígale que aquí, en el frente, las cosas son duras, pero aguantamos día a día. Dígale que tenemos comida racionada, pero suficiente para sobrevivir.

Pero no le diga que estamos teniendo muchas bajas, que la vida en las trincheras es un infierno. Que la falta de alimentos y de medicamentos hacen de esta guerra una de los peores escenarios que una madre quisiera para un hijo. No le diga que las ratas nos mantienen sin dormir por las noches, y que son la principal causa de una enfermedad que llaman tifus, que sufrió mi compañero Gerard, al cual se lo tuvieron que llevar del frente y ya no he vuelto a saber nada de él. Era buen compañero. Nos han dicho que en el frente, a escasos 300 metros, los alemanes sufren también de disentería y cólera. Dice el sargento Roland, que el agua debe estar siempre limpia o al menos hervida.

Dígale a madre, que tenemos ropa limpia de recambio y que no pasamos frío, eso le reconfortará.

No le diga, que los alemanes están haciéndose con todo el contorno de Verdún, que utilizan lanzallamas cuando entran en nuestras trincheras y que no dejan a nadie vivo.

Dígale, que las noticias que llegan del frente, referente a un gas que los alemanes usan, son simple propaganda para desmoralizar a los familiares. **Pero padre, no le diga que causan muchas muertes y que no hay máscaras para todos. No le diga que los muertos yacen en los lodazales y que se cuentan por cientos en las trincheras. Ni que se oye las últimas agonías de los heridos abandonados a su suerte.**

Padre, porqué aquí desaparece cualquier rastro de humanidad? Porqué nuestros mandos nos llevan sin orden ni control?. A veces pienso, que solo quieren la gloria para ellos, el prestigio militar a cualquier precio.

Dígale a mi querida madre que en el tiempo libre cavamos trincheras a buen ritmo, aunque éstas no son tan “cómodas” como las de los alemanes. Según me dijo un soldado, que tenía contacto con un teniente, se debía a que las trincheras alemanas estaban mejor hechas porque querían mantener una buena estrategia defensiva y de desgaste y en cambio las nuestras eran más austeras para avanzar más rápido.

Dígale también que existen momentos de tregua en los que hacemos un alto al fuego para poder rescatar a los heridos que están en la línea de fuego. **Pero no le diga que nos invade la angustia cuando el capitán da la orden de lanzarse hacia las trincheras enemigas, que el horror se dibuja en nuestras caras al sabernos objetivo de esas ametralladoras que tanta muerte ocasionan. Aquí, ya las llamamos las “segadoras de la muerte”.**

Es todo una locura, padre, soldados, niños sin apenas barba, que no se conocen, se matan entre sí, por la decisión de viejos que se conocen y se odian, pero no se matan.

Dígale a madre, que le hago caso y que mantengo mis botas secas, y que mis pies están sanos.

No le diga que mis botas están rotas y el agua helada se filtra por todos lados, y que el dolor me mantiene muchas noches despierto. Ni que el agua que bebemos sabe a suciedad y el chusco de pan duro nada tiene que ver con el pan que sale de nuestro horno.

Dígale que la tropa empieza a tener algo de esperanza con la llegada de unas nuevas máquinas que nos mandan nuestros aliados, los ingleses, y que les llaman “tanques”. Son unos carros de combate que pueden desplazarse a través del barro y con un cañón que mantiene a raya a los alemanes.

También entre la tropa, dicen que ha llegado un superior que parece ser un gran estratega y que está organizando más eficazmente las tropas. Su nombre es Petain, esperemos que pase a la historia por su eficacia y sus éxitos.

No le diga, que me encuentro en la enfermería, ni que no hay medicinas suficientes para tantos heridos.

Os abraza vuestro hijo, deseando que toda esta barbarie acabe de una vez por todas.

Os quiere por siempre, Jean Paul.

Verdún, abril del 1916

Mientras releían una y otra vez la portada del diario de aquel gélido 24 de diciembre en la que salía aquel general Petain del que Jean Paul les había mencionado en su última carta: “Les Héros de Verdún”!!, sonó la campanita de la puerta de la panadería y asomó el cartero.

Les traía una nueva carta, Anaïs la cojio y le dio la vuelta, esta vez no era escrita por su hijo sino que venia desde comandancia. Sin decir nada, ambos se miraron y se metieron en la cama.

Aquella noche, Anaïs dejó el anillo junto a la última carta recibida, que llevaba el sello de la comandancia del frente de Verdún. Aquella noche Anaïs no le dio las gafas a Simón. Aquella noche se apagó el candil.